

Instituto de Historia
Pontificia Universidad Católica de Chile

REGINA CLARO TOCORNAL*

CARTAS DE DON MÁXIMO R. LIRA A DOÑA ISABEL ERRÁZURIZ DESDE LOS CAMPAMENTOS CHILENOS DURANTE LA GUERRA DEL PACÍFICO (1879-1881)

Nuestro propósito es dar a conocer una interesante secuencia de misivas enviadas por un participante activo de la Guerra del Pacífico a una amiga viñamarina, seguramente con la intención de dejar por escrito su visión y experiencia personales en este conflicto.

El: *Máximo Rafael (o Ramón) Lira Donoso* provenía de una familia con predios en la localidad de Navidad, Colchagua, pertenecientes a su abuelo, José Miguel Lira Villarroel y su esposa María de la Cruz Donoso. De ese matrimonio nació Leonardo, que casó con Rosario Donoso y que fueron los padres de Máximo Rafael¹. Fue un notable escritor, político, periodista, parlamentario y diplomático, que con talento logró “abrirse paso a través de los despeñaderos de la política, y de los antagonismos creados por las pasiones”, según Virgilio Figueroa en su *Índice Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile*. Nació en 1846 y murió en Tacna en 1916. Educado en el Colegio de San Ignacio en Santiago, demostró desde joven gran capacidad de oratoria, siendo el periodismo su primera actividad. En 1874 fue secretario de la Legación en Buenos Aires. Luego de unos años como parlamentario conservador, le corresponde participar en la Guerra del Pacífico, junto a otros civiles que pusieron vida, talento y energía al servicio de las armas chilenas, como Rafael Sotomayor, José Francisco Vergara, Isidoro Errázuriz, Eusebio Lillo. Lira en su calidad de Delegado de la Intendencia General en el ejército y la marina, destacó en el buen manejo de los abastecimientos en el desembarco de Pisagua². Cuando Errázuriz volvió al Sur con Vergara después de Tarapacá, lo reemplazó como secretario del ministro en campaña don Rafael Sotomayor y, a la muerte de este, se desempeñó en la misma calidad junto al general Baquedano, a quien redactó todas sus comunicaciones oficiales y boletines; Baquedano le mereció mucho respeto y entre ambos se estableció una leal amistad. Volvió a Chile junto con él luego de la toma de Lima.

* Proferora del Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile.

¹ Juan Mujica “Linajes españoles. Nobleza colonial de Chile”.

² Gonzalo Bulnes, *Guerra del Pacífico*, vol. I, 320.

Sus cartas cubren el período que va de octubre de 1879 a febrero de 1881, desde el desembarco en Pisagua hasta un mes después de la entrada a Lima, y dan cuenta de su presencia en las batallas de Dolores, los Ángeles, Tacna, Arica, Chorrillos y Miraflores, y en la expedición a Mollendo.

Después siguió actuando en política, sirviendo en 1884 como subsecretario del Ministerio del Interior que desempeñaba Balmaceda, a quien admiró, convirtiéndose al liberalismo; el abandono de su filiación conservadora de la cual ya estaba algo distanciado, despertó iras profundas en su contra. Pero en la revolución de 1891 adoptó una posición antibalmacedista, y firmó la deposición del Presidente. En agosto de 1891, al asumir el mando D. Manuel Baquedano, le pidió se hiciera cargo del Ministerio del Interior, durante el breve período de su interinato.

A partir de 1892 fue destacado diplomático en Brasil, Perú, Uruguay y Paraguay, y en el intertanto –años 1900 a 1902– como asesor de nuestra legación en Londres, tuvo a su cargo el estudio del pleito limítrofe con Argentina. Terminó sus días como Intendente de Tacna, donde falleció a los 70 años de edad en 1916.

Nunca se casó; sí tuvo dos hijos de doña Adela Manso: Leonardo y Gustavo, este último notable matemático y futuro rector de la Universidad de Chile.

Ella. *Isabel Errázuriz Errázuriz*. Era descendiente de Isidoro Errázuriz Aldunate, nacido en 1775 y que casó con Antonia de Salas Palazuelos. Este matrimonio tuvo como hijos a Ignacio, *Manuel Antonio*, Agustín, María del Carmen (c/c Ochagavía), Margarita casada con Trifón Salas Errázuriz, Trinidad c/c Joaquín Lira Calvo y Francisca. Manuel Antonio Errázuriz Salas se casó con su prima Rosa Errázuriz Mayo y sus hijos fueron: Emilio, Antonia, *Isabel*, Elena, Isidoro, Luis, Enrique, Teresa c/c Luis Nebel e Inés c/c José Vergara Correa.

Esto significa que Isabel perteneció al extenso grupo familiar de los Salas y los Errázuriz, que se casaron todos entre ellos, como lo hicieron los antepasados de Eugenio Pereira Salas y de los Claro Salas, descendientes de Fernando e Isidoro Errázuriz Aldunate. Y explica el medio por el cual llegaron estas cartas a poder de Eugenio. Isabel tampoco se casó, pero guardó con esmero una correspondencia que debe haberle significado personalmente muy gratos recuerdos y cuya conservación tal vez confió a alguna sobrina al morir. Como esta familia era un gran clan y Eugenio un investigador empedernido, logró dar con el paradero de estos documentos poco antes de su muerte, incorporándolos a su archivo personal. Posteriormente fueron donados para su conservación a la Academia Chilena de la Historia, como seguramente él hubiese deseado.

Son 16 cartas, muy bien escritas y entretenidas, como que venían de la excelsa pluma de un hombre muy culto. Han sido transcritas con su ortografía original de Bello, solo uniformando los acentos. Lo que llama la atención es su escueta puntuación. La coma es usada solo ante adverbios o frases intercaladas, no para diferenciaciones en un largo párrafo. La primera –la más breve– está dirigida a Elena Errázuriz; todas las demás a Isabel. Falta el inicio y final de la N° 10.

Son interesantes desde el punto de vista humano, político e histórico ya que expresan el sentir de un protagonista de la importante gesta militar del Pacífico, expresado espontáneamente sin ningún afán publicitario u oficial. Se refiere él en

forma franca a los demás actores de la gesta, a los problemas que se suscitaron y a detalles sobre el real acontecer de los hechos y pormenores humanos que escapan a los relatos de partes oficiales. Lástima que no se haya conservado su contrapartida, pues solo podemos imaginar intuitivamente la relación íntima entre ambos interlocutores. No hay indicio alguno de amor en sus despedidas, ni siquiera en la misiva final. Máximo R. Lira era amable y hasta afectuoso, pero no trasciende de la formalidad. Sin embargo, solo a Isabel escribe y cada vez le dedica una despedida personal. En una ocasión se trasluce que ella le ha hecho coquetamente un reproche por sus tratos con señoritas moqueguanas, y la tranquiliza, sin aludir a obligación de fidelidad (carta 8). A su vez, él se queja de la falta que le hacen las cartas de ella. En definitiva, ninguno de los dos se casó, de modo que solo se puede deducir que hubo una amistad amorosa que no cristalizó y cuyo tesoro fue para Isabel esta correspondencia celosamente guardada.

Por otro lado, van develando la evolución de la afiliación política del autor y de su opinión sobre la actuación del ejército. Así, al inicio denota su gran aprecio por José Francisco Vergara, de quien se declara amigo, comprensible pues son vecinos de la entonces incipiente Viña del Mar. Destaca su actuación con la caballería en el encuentro de Germania, y luego no está de acuerdo en la responsabilidad que quieren achacarle por el desastre en Tarapacá; sin embargo, como no estuvo presente en este último episodio, no da una opinión tajante (c. 3). Ya más adelante cuando Vergara fue ministro de la Guerra en 1880, demuestra su furor porque le ha dado un pase a un periodista de *El Mercurio* detractor de los jefes del ejército (c.13). A medida que se va distanciando de la posición de sus correligionarios, descarga él su molestia por la incomprensión y murmuraciones de ellos reflejadas a veces en la prensa.

Su viraje ideológico se manifiesta también en su apreciación sobre el ejército. Se inicia con un ánimo sumamente crítico sobre su estrategia y logística. El antimilitarismo le hace cifrar su seguridad en el éxito bélico, más en la inepticia de los aliados que en la pericia chilena. Critica en su carta 4 “la falta de armonía completa y de unidad de miras en las directrices de la guerra”. También refiere con disgusto los excesos cometidos en Iquique por las tropas comandadas por Villagrán. Y es muy duro en su juicio contra Escala.

Después de la Batalla de los Ángeles –26 de marzo 1880– en que Baquedano ordenó con acierto atacar de frente, empieza a revertir su opinión a favor del ejército. Pero aun entonces, reconociendo que el plan era el correcto, reprocha su falta de previsión en el suministro de agua.

Sotomayor murió el 20 de mayo de 1880. En ese momento pasó a ser secretario de Baquedano, y fue simpatizando con el sector militar, hasta llegar a sentirse parte del ejército. Fue entonces cuando demuestra su malestar por comentarios que los conservadores hacen de sus despachos. Y no coincide con la prensa santiaguina que elogia la acción de Amengual en el Campo de la Alianza, en circunstancias que él considera que mucho mayor mérito en ese triunfo ha tenido Velásquez.

Bajo el punto de vista histórico, es interesante comparar sus relatos con los partes oficiales enviados por Escala. Por ejemplo, en el desembarco en Pisagua, Lira atribuye

ye el mérito de su éxito a la iniciativa y valentía de la soldadesca, ya que era imposible atenerse a una estrategia premeditada en una situación tan sorpresiva como aquella a que se vieron enfrentados. Cada uno siguió su corazonada con patriotismo, valentía y esfuerzo y lograron llegar al alto del campamento mucho antes que las tropas proyectadas para esa hazaña. Escala, en su frío parte oficial, no hace mención de este acto improvisado por el ardor de la tropa y escribe sobre la división que ha desembarcado trabajosamente en la caleta: “Esta división, a las órdenes del coronel don Martiniano Urriola continuó su marcha a las cinco de la tarde hacia el campamento, i vino en amanecer a él en la madrugada del día siguiente, encontrándolo ocupado ya por nuestras fuerzas”³. Al principio se advierte esta discrepancia entre la apreciación de Lira y los informes de la comandancia del ejército. Al ser designado secretario de Baquedano, las comunicaciones oficiales serán de su redacción y por tanto coincidirán con lo narrado en sus cartas, y quedarán expuestas a las críticas de sus correligionarios, que él menciona molesto.

Su testimonio constituye una crónica bastante fidedigna de un actor de la gesta, y además nos entrega una bucólica descripción del paisaje de la región de Moquegua.

Por todas esas consideraciones es que, una vez descubierto este epistolario, hemos sentido el imperativo de publicarlo.

1. Antofagasta, 28 de octubre de 1879.

Señorita Elena Errázuriz
Viña del Mar
Distinguida amiga:

Adiós! Hoy partimos para el Perú y apenas tengo tiempo para despedirme de ustedes. Llevamos con nosotros la fortuna y el porvenir de Chile y lo esperamos todo de la protección de Dios. ¡Que él nos proteja!

Hasta la vista, pues! Tengo el presentimiento de que volveremos victoriosos.

A todos los de su casa individualmente mis más cariñosos recuerdos.

Su mui decidido y atento amigo

Max R. Lira.

2. Pisagua, 11 de noviembre 1879

Señorita Isabel Errázuriz
Viña del Mar
Mi mui distinguida amiga:

Le confieso injenuamente que casi necesito violentarme para escribirle. Ha sido y es tan inmenso el trabajo que he tenido desde que Pisagua pasó a ser nuestro, que cualquier

³ Pascual Ahumada Moreno, Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos..., Valparaíso, 1885, 74.

instante que puedo consagrar al reposo lo aprovecho con avidez. Sin embargo ¿cómo prescindir de tener un rato de conversación con las excelentes y nunca olvidadas amigas de Viña del Mar?

Ustedes deben tener ya noticias completas sobre el asalto a esta plaza y su resultado y habrán podido convencerse de que la Providencia se ha hecho francamente chilena. En efecto, los hombres hicieron todo lo posible porque fracasara esta expedición, pero ella corrigió todos los errores y nos dio un triunfo tan completo como nunca pudimos imaginarlo.

El ataque a Pisagua debió verificarse el 31 de octubre: con ese propósito salimos de Antofagasta en la tarde del 28. Sucedió, sin embargo, que por no haber dado el rumbo a unos buques, por haber olvidado en el puerto a otros y mil otras circunstancias que manifiestan hasta falta de sentido común, la mitad del convoy se extravió y que pasamos dos días perdidos en medio de angustias y amarguras imposibles de definir. Por fin, los polluelos dispersos lograron reunirse en la mañana del día 1° con el “*Amazonas*” donde estaba el cuartel general y en la noche, hechos ya todos los preparativos, hicimos rumbo a Pisagua.

Cuando divisé al amanecer el puerto y cuando, más tarde, pude imponerme de la configuración del terreno, se me oprimió el alma porque creí que íbamos a una derrota desmoralizadora o a una victoria que nos costaría la pérdida de 2.000 hombres.

Figúrese usted que Pisagua es una playa estrecha y casi inabordable sembrada de peñascos que forman las fortificaciones naturales más formidables. Detrás de ella, cerros cortados a pico y encima, como a 1.500 pies una meseta con un campamento fortificado. Me pareció absurdo y casi criminal pretender desembarcar en este punto. Entiendo que lo mismo pensaron los jefes superiores porque durante una hora, a lo menos, estuvieron llenos de perplejidades. Al fin se tiró el dado, se dio la orden de avanzar y la obra de la Providencia y de nuestros soldados comenzó. Se equivoca o miente quien pretende sostener que la toma de Pisagua ha sido obra de los jefes o fruto de hábiles combinaciones estratégicas. No! Todo, absolutamente todo ha sido obra de los soldados que han peleado sin jefes, sin orden, confundidos unos cuerpos con otros, marchando a la aventura y haciendo lo que a cada cual se le ocurría. La prueba de esto es que habiéndose resuelto en los consejos limitarse a ocupar la ciudad y dejar el ataque a las alturas para el día siguiente en combinación con las fuerzas desembarcadas en Junín, los soldados, sin orden ninguna, treparon aquella cuesta inaccesible y se apoderaron del campamento de la cumbre.

Le aseguro que estoy maravillado del empuje de estos *rotos*. El general pililo está destinado a ser el más famoso del universo porque no hay ni habrá otro capaz de realizar hazañas semejantes a las suyas. Los marineros de los buques ingleses que nos acompañaban y vieron el combate, han recorrido una y cien veces el campo de la acción sin poder creer que ello haya sido tomado por 800 hombres, que fueron los únicos que entraron en pelea, estando defendido por más de mil. Por eso declaran sin embozo que creen este hecho de armas único en la historia entre los de su especie.

Y como lo creen así, se marcharon hace días a Iquique a tomar a bordo de sus buques a sus connacionales y a aconsejarles que abandonen esa ciudad porque, después de lo que han visto, ellos garantizan que dos mil chilenos son capaces de tomarse la plaza porque son irresistibles.

Hasta hoy estamos alumbrados de noche por las luces de varios incendios no apagados; y le aseguro que el cuadro que presenta esta población mirada de noche desde mis balcones, con un mar tranquilo, sus ruinas calcinadas, su silencio fúnebre y sus hogueras encendidas, es tan majestuoso que ahora no más comprendo como pudo ser placer imperial el de Nerón cuando quemó a Roma para cantar sobre sus escombros.

En la tarde del día 6 hubo una escaramuza entre una avanzada nuestra de caballería y otra del enemigo en Germania, a dos millas de Agua Santa. Los enemigos eran cien y de

ellos resultaron *más de sesenta muertos*, un herido, y cuatro prisioneros. ¿Si será esto lo que llaman no dar cuartel? En esta acción hizo un estreno brillantísimo José Fco. Vergara cargando a la vanguardia y sableando como el que mejor.

Los enemigos nos han dejado el ferrocarril que está presentando servicios incalculables. En pocos días más estaremos establecidos en Agua Santa y cuando se bloquee a Iquique, el enemigo quedará metido en una ratonera sin salida.

Se me cae la pluma de las manos y concluyo.

Recuerdos muy cariñosos a todos los de su casa; no los enumero por cansancio.

La saluda afectuosamente su atento amigo y S.S.

Max. R. Lira

3. Pisagua, 30 de noviembre de 1879

Señorita Isabel Errázuriz

Viña del Mar.

Mui distinguida amiga:

Supe muy tarde por los diarios que recibí con atraso considerable, la gran pérdida que había sufrido su familia. Quise escribirle en el acto para enviarles mi pésame y la expresión del sincero sentimiento con que las he acompañado en su desgracia; pero no lo pude porque mi vida acá es un embrollo colosal. Ahora sí, aprovecho el primer momento para cumplir con este triste deber. No les diré palabra de consuelo porque sé muy bien que hai dolores que no lo admiten; eso sí, les desearé resignación para soportar una de esas pruebas que son, en la vida, el crisol que aquilata las virtudes de las almas cristianas. Conformidad! queridas amigas, y que Dios, en su bondad suprema, les tenga en cuenta su dolor resignado como un mérito que tendrá su recompensa en el día de la liquidación y de la justicia.

Acabo de decirle que mi vida es todo un embrollo. Efectivamente; hoy me tiene aquí en Pisagua, mañana en Tarapacá, al día siguiente en Iquique, y así sucesivamente en todos los núcleos de población que ocupa nuestro ejército de este vasto departamento. Con la suma de actividades que he debido desplegar en esta campaña tendría derecho para reposar durante el resto de mis días. Y todavía nos quedan muchas jornadas malas y muchas pruebas difíciles.

Estuve en el combate de la Encañada el día 19 y una bala galante me dio en la suela del botín. Muchas otras vi silvar (sic) muy cerca de mí pero, felizmente, no recibí ninguna lesión. Durante todo el día la tuve a usted muy presente y, en medio de la batalla, al hacer mi comida de charqui, bebí un largo trago de vino en mi caramañola por su salud y la de toda su familia. Los detalles íntimos de esta acción se los referiré en alguna de esas inolvidables veladas de Viña del Mar, que se reanudarán, si Dios quiere, en unos pocos meses más.

Las supongo a ustedes medio abatidas con el fracaso de nuestras armas en Tarapacá el día 27. Realmente las pérdidas han sido mui dolorosas, pero el hecho no ha modificado nuestra situación. Lo que angustia el alma es haber perdido tan buena tropa y tantos y tantos jefes y oficiales distinguidos por su imprevisión e impericia. El enemigo sorprendió a los nuestros con fuerzas mui superiores en un lugar muy parecido a un degolladero. Sin embargo, nuestros incomparables soldados se hicieron dueños del campo y lo conservaron por más de dos horas. Sin la llegada al enemigo de un refuerzo considerable la victoria habría sido nuestra. Y fue tal el desconcierto que nuestros batallones se fusilaban mutuamente y no sé como ha podido salvar con vida uno solo de nuestros soldados. Si ellos

tuvieren caballería, el descalabro habría sido completo. Nuestras pérdidas fluctuaron entre seiscientos y ochocientos hombres, entre ellos como treinta oficiales. Las del enemigo son enormes, de tal suerte, que, victorioso, dejó a Tarapacá en nuestro poder. Hai esperanzas de recobrar las seis piezas de artillería que nos llevan. En cuanto a los nombres de los oficiales muertos, ya los darán los diarios; yo no quiero ser divulgador de malas noticias. Don Luis Arteaga, jefe de la expedición, se portó como un valiente. Viendo su fracaso, buscó la muerte; pero ésta no accede siempre a los deseos de los hombres. Acusan mucho a nuestro amigo Vergara de este contratiempo; en cuanto a mí no tengo opinión formada sobre el particular y me inclino a creer que estas acusaciones pudieron ser hijas de la mala voluntad que el ejército tiene a los paisanos.

Respecto de operaciones futuras, ellas continuarán, pero no antes de un mes. Nos quedan más de diez mil hombres intactos y con estas fuerzas se puede ir muy lejos.

Iquique es un lindo pueblo: un barrio elegante de Valparaíso trasplantado al desierto. Hai un gran comercio, mucha sociedad, mucha vida y todo lo que es indicio de un gran porvenir. Mañana o pasado regresaré allá y tal vez tenga tiempo ahí de escribirles más largo.

Recuerdos mui afectuosos a su mamá y las señoritas Elena, Antuca, Magdalena, Rosalía, D. Trifón, D. Adolfo, Subercaseaux y todos los amigos que me recuerden.

En cuanto a usted, ordene como guste a su mui sincero amigo y S.S.

Max. R. Lira

4. Iquique, 8 de diciembre 1879

Señorita Isabel Errázuriz

Viña del Mar.

Mui distinguida amiga:

Después del desastre-victoria de Tarapacá hemos entrado en un período de inacción relativa que me ha permitido venir a reponerme un tanto de las pasadas fatigas de la campaña en este pueblo que es para todos eminentemente simpático. No durará mucho, desgraciadamente, esta tregua. En tres o cuatro días más debo volver al campamento donde nuestro ejército está reorganizándose para seguir adelante. Será empresa difícil dar este segundo paso porque no hai armonía completa ni perfecta unidad de miras en las directrices de la guerra, pero, a pesar de todo, creo que avanzaremos y triunfaremos. Esta segunda jornada tendrá por objetivo a Arica.

No sé porqué me figuro que la llegada de Villagrán con su ejército y sus pretensiones va a ser un estorbo en nuestro camino. Por lo menos habrá aquí muchos enredos funestos para la marcha rápida de las operaciones militares.

Desde luego su presencia en Iquique se ha señalado con excesos reprobables cuya responsabilidad le cabe en mucha parte. Antes de la llegada de la reserva había reinado aquí un orden admirable. Se respetaba los derechos de todo el mundo y el comercio, muy receloso al principio, comenzaba a abrir sus puertas. Las tropas de la reserva, por desgracia, se han empeñado en destruir todo el buen efecto producido por la moderación y urbanidad de los vencedores. Conquistadores de retaguardia entraron con los aires insolentes de los hulanos. Los comandantes de cuerpos eligieron para vivir las mejores casas y, no hallando a sus dueños, comenzaron por echar sus puertas abajo. Los oficiales subalternos se hicieron merodeadores y los soldados salteadores francos. El mismo jeneral quiso apoderarse por fuerza de una casa en que dormía el cónsul italiano porque no se la querían arrendar. Un

oficial dio en la calle y a medio día una feroz trompada a una señora respetable. Otros tomaron por asalto el club de los extranjeros declarándolo peruano y de pertenencia del ejército. Etc...

Con todo esto principió a entrar el pánico, y ha sido necesario reaccionar muy enérgicamente contra este sistema de vandalismo para hacer entrar las cosas en vereda. Hoy, felizmente, la tranquilidad comienza a renacer y a rehabilitarse el buen nombre de las autoridades chilenas.

Era tanto más sensible lo que estaba pasando cuanto que los extranjeros nos habían recibido con los brazos abiertos. Uno me preguntaba “¿por qué se han demorado ustedes tanto, cuando hacía meses que los estábamos esperando? Si vienen en abril no encuentran aquí la menor resistencia. Cuando establecieron el bloqueo, había apenas 800 hombres de mala tropa y ningún cañón”.

En muchísima parte la rendición de Iquique se debe a la presión ejercida por los cónsules extranjeros sobre las autoridades peruanas. Se opusieron a que se hiciese resistencia porque la población sería incendiada, y dieron tan buenas razones para convencerlas de que era necesario rendirse, que así lo hicieron.

Una de las cosas de que se ríen mucho aquí es de los miedos de la escuadra bloqueadora a los torpedos. Nunca los tuvieron antes del mes de octubre próximo pasado; y el único que entonces les llegó no supieron manejarlo y lo tenían a diez y ocho cuadras del mar, detrás del cementerio.

Entre las muchas razones que hai para que este pueblo nos sea grandemente simpático, figura en primer lugar la veneración casi supersticiosa que tienen todos sus habitantes por la memoria de Arturo Prat. Aun no hemos podido organizar la solemne peregrinación que debemos hacer a su tumba; pero confío en que no pasará esta semana sin que hayamos pagado nuestra deuda al verdadero conquistador de Iquique, pues fue él el primero que plantó la bandera nacional en la tierra peruana que cubre el mar.

Ayer se enarboló en la plaza la bandera chilena con mucha solemnidad. Hubo misa, canción nacional y vivas a la patria. Por la noche tuvimos retreta por cuatro bandas de música.

x x x

Tenemos noticias recientes de la actuación de los peruanos. El *Blanco* sorprendió en Arica la correspondencia de Prado, de la que se desprende que el gobierno se halla en situación desesperada. Se deja entender también que la alianza no durará mucho tiempo porque, según parece, hai altos personajes de la administración boliviana empeñados en romperla.

Por nuestra parte, creo que pronto tendremos novedades. Sotomayor quiere irse y ha llamado a Santa María; la chismografía en el ejército cunde como la mala yerba; hai falta de nervio en la dirección de los asuntos militares. Villagrán ha de querer un papel más lucido, etc. Todo esto constituye un problema cuya solución no diviso. Isidoro y Vergara se van por este vapor disgustados y cansados y aquí quedamos en la incertidumbre. Sin embargo, el ministro Providencia y el jeneral pililo han de seguir con éxito la campaña.

Presente mis respetos a su mamá y tanto a las señoritas sus hermanas como sus primas a quienes supongo ahí y ustedes reciban un cordial saludo. Lo mismo D. Trifón, D. Adolfo y Antonio.

Su mui sincero amigo

Max. R. Lira.

5. Pacocha (Ilo) a bordo del Abtao, 28 de febrero de 1880

Señorita Isabel Errázuriz

Viña del Mar.

Mui distinguida amiga:

El telégrafo se me habrá anticipado, indudablemente, con la noticia de nuestro desembarco sin resistencia en este puerto. A pesar de eso, creo que no carecerán de interés para ustedes algunos detalles que no figurarán tampoco en las correspondencias de los diarios.

No puede haber nada más vergonzoso para el Perú que la realización feliz de esta nueva expedición de nuestro ejército. Figúrese usted que el domingo, cuando estábamos embarcando a toda prisa artillería, caballos y tropas salió de Pisagua el vapor de la carrera trayendo al Perú la noticia oportuna de nuestra salida; que hemos zarpado de Pisagua a las cuatro de la tarde del día 24; que hemos venido navegando todo el tiempo a la vista de la costa en una noche de luna hermosísima; que llegamos a este puerto el 25 a las once de la mañana; en una palabra, que solo nos faltó notificar por medio de carteles al ejército enemigo el día de nuestra salida y el punto de nuestro destino, y dígame después si no es bochornoso que no haya habido ni amago de resistencia al desembarcar y que todavía no se divisen enemigos por ninguna parte!

Hasta parece que se hubieran empeñado en allanarnos las mayores dificultades de nuestra empresa. El agua y la movilidad son los grandes problemas del desierto y para que no fuesen nos han dejado espedito el ferrocarril en una extensión de doce leguas, que es la mayor recorrida hasta ahora por nuestras avanzadas, los depósitos de agua con una reserva de quinientos mil litros y perfectamente corrientes las bombas que la extraen y las cañerías que la conducen al pueblo. Cuanta amabilidad, o, mejor dicho, qué supina imbecilidad! Así ya no dudo de nuestra victoria por más errores que cometamos; y en honor de la verdad debo decir que ellos son muchos y grandes. Estoy casi seguro ahora de que aquí como en San Francisco, han de darnos el triunfo hecho. Mejor así, porque de ese modo no tendremos a quien echarle la culpa del éxito increíble de esta campaña.

Pacocha –porque Ilo no existe– es un pueblecito muy simpático de casitas nuevas y muy elegantes. Lo hemos encontrado completamente abandonado; sus pobladores no pasarían de 50. Aún así nuestros soldados principiaron a cometer fechorías saqueando y maltratando a los infelices que hallaban en sus casas. Yo mismo tuve que poner presos, una hora después de la entrada al pueblo, a trece soldados que sorprendí robando en varios puntos y hacerles aplicar cincuenta azotes a cada uno. También es cierto que si nuestros rotos no fueran asesinos y ladrones no podrían tampoco ser conquistadores, y aquí la conquista no es otra cosa que un gran robo a mano armada.

Los alrededores del pueblo son muy lindos. Esta mañana hice con el ministro un paseo a caballo por la quebrada que sirve de lecho al río, que me dejó encantado. No sé si es la monótona y austera avidez de estos desiertos la que da a aquel verde y risueño oasis tan hermoso aspecto, pero es lo cierto que él me causó una impresión deliciosa. Nos internamos cerca de tres leguas por la quebrada que tiene como 400 metros de ancho, y a cada paso que daba descubría nuevas bellezas. Imagínese un río bastante caudaloso que corre por entre espesos olivares cubiertos de frutos, por higueras que dan higos riquísimos, por entre plátanos, chirimoyos, guayabos, palmas, dátiles y muchísimos otros árboles tropicales y me creará si le digo que no me olvidé durante mi paseo un solo momento de Viña del Mar. Comí higos, duraznos, pacai, granadas, cuanta fruta madura hallé; cojí chirimoyas, limones y plátanos verdes; corté grandes ramas de guayabo para traer a bordo; en una palabra me

convertí en chiquillo para gozar de todo aquello que me he visto privado por tan largo tiempo. Hasta me olvidé que estos sitios son sumamente malsanos y que con ellos se adquiere con suma facilidad la terciana, enfermedad que aqueja a casi todos los habitantes de estos valles y de la cual vi muchas y dolorosas muestras. Pero ¡cómo resistir tampoco a la tentación de gozar de estos brillantes dones de Dios que se llaman árboles verdes, musgo suave, aguas corrientes y canto de las avecitas ocultas en nidos suspendidos entre las ramas del bosque! Privarme de ese placer me habría parecido una ingratitud.

A los soldados, sin embargo, se les prohíbe bajar a esta quebrada que en épocas de avenida e inundaciones son doblemente malsanas porque las emanaciones del suelo producen fiebres palúdicas a que pertenece la terciana, y el peligro de que se desarrolle una epidemia es ahora mucho mayor porque hacía tres años que el río no traía agua. Las crónicas del lugar contarán a la posteridad que hubo aquí una gran inundación cuando vinieron los chilenos.

Satisfecha esta vehemente necesidad que sentía de recrearme en lugares verdes, yo tampoco frecuentaré mucho aquellos sitios porque si es verdad que quiero volver al sur no deseo que ello suceda por motivo de enfermedad.

Además, espero que no sea muy larga nuestra permanencia aquí y que luego avancemos con el ejército hacia el interior. Si no, me largaré a hacer por el mar algunas excursiones que satisfagan mi deseo de emociones más fuertes y me den materia para cartas más interesantes que ésta, que no sé cómo va alargándose tanto.

Respecto de expediciones de la escuadra y aun de operaciones atrevidas e importantes, creo que no pasará mucho tiempo sin que lleguen noticias que reaviven el entusiasmo adormecido. Insisto en anunciarles que el mes de marzo será fecundo en acontecimientos de toda especie.

No quiero darle el penoso trabajo de seguir descifrando estos logogrifos que ni yo mismo entiendo a veces y voi a terminar aunque todavía me queda materia para llenar otro pliego de papel. Las últimas noticias son que no hay ni huellas de enemigos en doce leguas a la redonda. Esperamos solamente para avanzar tener alguna noticia de lo que pasa en Arica.

Recuerdos muy afectuosos a su mamá, Elena, Antuca, Magdalena, Rosalía, D. Trifón D. Adolfo.

Di en Iquique su recado a Walker. A Anita no tuve tiempo de verla.

Queda como siempre a sus órdenes su mui affmo. y sincero amigo y S.

Max. R. Lira.

Esta carta la envío a Pisagua; quien sabe cuanto tardará en llegar a su destino.

P.S. Iba a cerrar esta carta a las 7 _ de la mañana, cuando me avisan que viene entrando la *Magallanes* de Arica con su bandera a media asta. Por qué la traía así ya lo saben Uds. por el telégrafo. Pobre Thomson! Tan contento que estaba mandando un buque de guerra. Supongo que Julia Valverde estará mui inquieta por la suerte de su hermano y no querrá creer en la verdad de los telegramas. Dígale, pues, de mi parte –si está ahí–, que la herida de Emilio es leve, en la mano izquierda. En pocas horas más he de verlo y en primera oportunidad la mandaré noticias más detalladas. A Thomson le llevó la granada desde la cintura para arriba.

Creo que en Arica pagarán bien caro la muerte del comandante del *Huáscar*. Antes de mediodía saldremos con el *Blanco* y el *Angamos* a bombardear aquella ciudad hasta reducirla, si es posible, a cenizas. El ministro y yo nos embarcaremos en el *Blanco*, aunque mejor sería en el *Angamos* que estará constantemente fuera de tiro de cañón. Llevamos también la lancha torpedado.

En fin, habrá fiesta grande y mi carta posterior puede ser interesante. Eso sí: si ustedes no me escriben, me guardo todas las noticias.

6. *Mollendo, a bordo del Blanco.*

13 de marzo de 1880.

Señorita Isabel Errázuriz

Viña del Mar.

Mui distinguida amiga:

Supongo que a mi vuelta a Pacocha encontraré alguna carta de ustedes en contestación a las muchas que le llevo escritas desde que salí de Pisagua para entrar en el segundo período activo de la campaña. En esa virtud, puesto que en la correspondencia debe haber estricta reciprocidad, paso a referirle lo ocurrido en los últimos días.

Yo me encuentro por estos lugares desde el día 8. Vine acompañando al almirante en una misión que me traía preocupado desde mucho tiempo atrás y que es el principio de ejecución de medidas severas que recomendó el ministro de la guerra a los jefes de la escuadra y del ejército.

La expedición tenía por objeto destruir las fortificaciones de este puerto, sorprender su guarnición y la de las Islas, romper el telégrafo, despedazar el muelle y el ferrocarril y notificar con hechos al Perú nuestra resolución de hacerle guerra implacable mientras no se resigne a pedir la paz. Para el efecto se trajeron dos mil hombres escogidos y vino el *Blanco* para apoyar con sus cañones la obra de nuestros soldados.

El 8 por la mañana salimos de Pacocha y en la tarde del mismo día, a las 6, estuvimos aquí. Los transportes con tropa, que venían lejos de la costa, se aproximaron a ella en la noche, y a las 11 principió el desembarque en una caleta cerca de Islai donde solamente los lobos y los navales pueden saltar a tierra. Todo marchó, sin embargo, con fortuna y sin haber divisado enemigos.

Mas, no sucedió así porque estuvieran descuidados. Un propio venido de Pacocha mismo antes de nuestra salida había enviado por telégrafo el aviso de nuestra expedición y las tropas de Islai y de Mollendo se habían retirado al interior. En la oficina del telégrafo en Islai hallé yo los telegramas con el anuncio y luego tuve en Mollendo la confirmación de que en Pacocha estábamos rodeados de espías. Y esto se debe solamente a la peligrosa benignidad del jeneral Escala que guarda toda clase de consideraciones a extranjeros sospechosos que debió expulsar del campamento desde el primer día.

También fracasó nuestro proyecto en lo relativo a los cañones. Hacía un mes que los habían sacado y llevádoslos a Arequipa, a instancias de la misma población de Mollendo que no se encontraba bien protegida con ellos y estaba temiendo un bombardeo.

No obstante, nuestro viaje ha sido perfectamente aprovechado. Entre antes de ayer y ayer hemos destruido valores por cuatro millones de pesos más o menos e introducido en el Perú el pánico como auxiliar poderoso de nuestra causa.

El ferrocarril que sale de este puerto pasa por Arequipa y Puno y llega a las orillas del lago Titicaca en la frontera boliviana. Es una línea importantísima construida a todo costo por los gobiernos de este país en sus tiempos de opulencia. La estación de Mollendo no tiene igual, ni siquiera semejante, en ninguna de las de Chile. Sus oficinas son de todo lujo y su maestranza completa; pues bien; de todo eso ya no queda sino un montón de escombros. El fuego devoró todo lo que pudo; donde el fuego era impotente entraban el combo y la pólvora; donde éstos no bastaban, la dinamita hacía terribles estragos. Qué espléndidos e

imponentes fuegos artificiales hemos tenido en estos tres días! Penetrando hacia el interior destruimos también la estación de Mejía a nueve millas de Mollendo, y la línea con sus terraplenes y cortes en una extensión considerable. Por otro lado se quemaba en Islai el muelle y la aduana –al muelle de aquí le llegará su turno mañana–, y en esta ciudad el fuego, encendido por la soldadesca desenfrenada reducía a ceniza la tercera parte de la población. Así, pues, en una extensión de veinte millas la costa peruana era una inmensa hoguera en que se consumían millones, marca de fuego aplicada a la frente de Perú en castigo de su deslealtad. Puede ser muy bien que las cenizas de estos incendios no se enfríen ni en medio siglo y que ellas sirvan para fecundar las semillas de odio que vamos sembrando a nuestro paso por este territorio; pero ¡que hacerle! Eso es la guerra y es preciso llevarla delante de manera que nuestros rigores acerquen su término.

Las destrucciones menores del telégrafo y otras propiedades fiscales casi no merecen ser tomadas en cuenta en presencia de esas otras ruinas colosales. Mollendo, linda ciudad, espaciosa, elegante, llena de jardines y de platanares necesitará, para seguir viviendo, que se opere en ella el milagro de una resurrección. ¿Se realizará? Lo dudo mucho; a menos mientras no se extinga la jeneración que conserva el recuerdo del paso por esta costa de una nueva irrupción de vándalos.

Bien pudiera suceder, por otra parte, que estas crueldades –porque conozco que lo son–, fríamente meditadas unas, inevitables las otras, contribuyan en mucho a hacer innecesarios otros rigores. Los pueblos de más al norte verán claramente qué suerte les espera y es probable que procuren evitarla ejerciendo presión sobre su gobierno para que haga la paz. Si esto sucediera, esta obra, en que me cabe parte muy principal, por los consejos e indicaciones implacables que he hecho, sería para mí motivo de satisfacción antes que de remordimiento.

También es verdad que uno se siente muy poco inclinado a la benevolencia con enemigos que no quieren ni saben combatir: a los valientes se les estima, a los vencidos se les perdona, pero ¿qué hacer con estos perpetuos desertores del puesto del honor y del deber militar? No otra cosa que castigarlos severamente como lo hemos hecho aquí en este puerto que se defiende con 200 hombres de un ejército y que merecía ser defendido por su importancia, en este puerto donde desde ayer no hay más que 150 hombres nuestros teniendo ellos dos mil a pocas leguas de distancia. ¿No es verdad que jentes que así proceden no merecen compasión?

Esta noche nos vamos después de dejar aquí huellas imborrables de nuestro paso. El botín que llevamos vale unos cientos de miles de pesos y lo que hemos destruido algunos millones.

Un saludo muy afectuoso a su mamá, Elena, Magdalena, Antuca, Rosalía, D. Trifón, D. Adolfo y demás amigos y amigas de la vecindad que se acuerden de mí.

Su muy atento amigo y atento servidor

Max. R. Lira.

P.S. Ilo, 15 de marzo.

Abro de nuevo esta carta después de cerrada porque a mi vuelta me he encontrado con las dos de usted fechas 27 de febrero y 5 de marzo.

Por mucho que sea el interés con que ahí leen mis cartas, le aseguro que él no es comparable al que me inspiran todos aquellos detalles de la vida interna de Viña del Mar que usted me refiere en las suyas y cuya falta me era tan terrible en el largo tiempo que me tuvieron olvidado. Felizmente ya se han reanudado y creo que no se interrumpirá este cambio de los ecos desapacibles de la guerra con otros ecos de la dulcísima paz de aquel hogar hospitalario y de aquellas tranquilas veladas de esa aldea –perdónenme sus aldeanas el *lapsus cálamo*– tan presente en todos mis recuerdos. Y si por acaso mis cartas no llegaran allá con la regularidad

debida, no crea que sea culpa mía sino del correo. Los vapores de la carrera no vienen acá y hai que enviar la correspondencia a Pisagua o Iquique para que sea transmitida desde allá, y en este paso por tantas oficinas sufre muchos extravíos y retardos.

Mucho se ha reído el gordo que vino a verme hoy, con la induljencia que ustedes reclaman para él. Ya no está bajo mi férula y, por consiguiente, no puede sacar provecho de las recomendaciones, pero le aseguro que daría mucho por volver a su antigua esclavitud. ¿Querrá creer que se ha enflaquecido un poco desde que no está a mi lado?

Ya hablaremos largo con ustedes y las primas sobre el caballero aquel que está escribiendo aquí a mi lado. Lo peor es que no puedo hablar mal de él porque sería pagarle con ingratitud el mucho cariño que me demuestra. Me ha hecho su amigo personal, pero político ... de las malas tentaciones líbreme Dios! ¿Sabe que sería gracioso si yo volviera *sotomayorista*? ¡Pero no hai partido posible con un apellido tan largo!

Dos palabras más sobre la guerra.

El día 12 salió una expedición para Moquegua que ayer a medio día estaba muriéndose literalmente de sed en la mitad del camino. Y tan cierto es ello que de eso y de insolación murió repentinamente un oficial de Santiago. La imprevisión sigue, pues, haciendo víctimas y es seguro que ella nos hará más daño que el enemigo. ¿Es verdad, entonces, que hai jentes que no aprenden nunca y son incapaces de aprender? ¡Qué historia la de esta guerra si se escribiera con toda verdad!

Hoy, felizmente, se sabe ya que la tropa había llegado al agua. De un tiroteo de avanzada resultaron dos soldados nuestros heridos y el enemigo derrotado.

Creo que las primeras buenas noticias que nos lleguen serán de las excursiones del general Baquedano con su caballería. Batalla seria no habrá tan luego y quien sabe si Montero se resuelve a darla.

En mi próxima carta tal vez les anuncie ya que la escuadra ha salido a bloquear el Callao operación que está resuelta y que no puede tardar más de una semana.

A las señoritas Antucaetc.

7. Ilo, a bordo del Abtao, 21 de marzo de 1880.

Señorita Isabel Errázuriz

Viña del Mar.

Mui distinguida amiga:

Pocas noticias buenas tengo que comunicarle acerca de lo ocurrido en los últimos días por estos mundos de Dios. Además, el telégrafo, ese enemigo capital de los corresponsales, quita a las cartas hasta el interés de la novedad.

Ya saben ustedes por ejemplo, que la *Unión* entró a Arica a las 2 de la mañana del día 17 y salió poco después de las cinco de la tarde rompiendo con singular audacia y rara fortuna el bloqueo de aquel puerto. Por mi parte espero saber en pocos días más que este hecho ha causado en el Sur desagradabilísima impresión, no solo entre los censores obligados de cuanto ocurre por acá, sino aun entre los que no tienen ese oficio. No obstante, la cosa se explica de un modo hasta cierto punto satisfactorio.

El bloqueo de Arica, sostenido por dos buques como lo ha estado siempre, puede ser roto a la luz del medio día no digo por la *Unión* cuyo andar es magnífico, sino hasta por buques de vela. Antes del 17 había sucedido que Condell tuvo que entrar dos veces con la *Magallanes* a sacar de entre los fuegos de las baterías buques de vela que se le habían entrado con viento fresco del sur sin podérselos impedir. Ahora de noche un buque a vapor

puede entrar cuantas veces quiera aunque se duplique la fuerza de los bloqueadores. Esto depende de que una bahía cuya boca tiene 15 millas de ancho no se cierra con facilidad.

La entrada de la *Unión* a Arica no ha podido, pues, sorprender a nadie. Lo que ha debido extrañar por allá es su salida, y esa extrañeza es mucho más justificada. Sin embargo, la explican, aunque no la disculpan del todo los hechos que pasaron del modo siguiente:

Con la primera luz de la madrugada del 17 descubrió Condell que al lado del monitor peruano había un buque que estaba fondeando. Pronto reconoció en él a la *Unión* y, junto con reconocerla, ordenó al *Matías Cousiño* que viniera a dar aviso de lo que ocurría al almirante. Entretanto, principió a hacerle fuego con los cañones de a 40 fuera del alcance de los cañones de tierra.

A las 10 A.M. llegó por casualidad el *Cochrane* que estaba reparándose en Pisagua. Apenas se impuso de lo que ocurría, Latorre dio la orden de entrar a batir a la *Unión* y ambos blindados sostuvieron con los buques y baterías enemigas un reñido combate que duró cerca de dos horas. Le pusieron término cuando vieron que una granada del *Cochrane* había reventado sobre la cubierta de la *Unión* causándole daños aparentemente graves puesto que vieron escapar mucho humo y considerable cantidad de vapor. Los dos comandantes se retiraron a conferenciar sobre lo que deberían hacer más tarde, dando a la vez a la tripulación tiempo para comer. En conferencia estaban todavía cuando vieron que la *Unión* se escapaba reventando sus calderas. La persiguieron pero ya se sabía de antemano que la persecución era inútil por el superior andar del buque enemigo.

Se escapó, pues, con mayor facilidad de la que podía esperarse porque nuestros comandantes no sospecharon que intentara hacerlo de día, y tal vez se descuidaron un poco durante la conferencia. Aun sin eso, de todos modos se habría escapado durante la noche. Entretanto, para honra de nuestros marinos, aquella entrada al puerto fue bien audaz, el riesgo que corrieron muy grande, la desproporción de la lucha enorme y la fortuna con que salvaron propia solamente de esos dos hijos de la dicha que se llaman Latorre y Condell.

El *Blanco* y el *Angamos* llegaron a Arica las 2 A.M. del 18 —era imposible llegar antes— cuando ya hacía nueve horas que los pájaros habían volado.

Las averías de la *Unión* constatadas hasta ahora, por lo que nos dijo el comandante de la *Shanon* que presenció el combate, se redujeron a un tubo de vapor roto; pero perdió tres hombres muertos y 19 heridos. No alcanzó tampoco a completar su descarga. Lo más importante que trajo fue dinero. Temíamos que hubiera traído cañones para el ejército que no los tiene, pero parece que no ha sido así.

Perdieron los marinos peruanos hacer algo que los habría rehabilitado un tanto en el concepto universal, provocando con el *Manco Capac* y la *Unión* un combate con el *Huáscar* que estaba solo en las primeras horas de la mañana; pero está visto que no son ellos para esas cosas. Huyen heroicamente y eso es todo.

x x x

Aquí interrumpo esta carta porque nos avisan que nuestras tropas están frente al enemigo en Moquegua y me marcho con el ministro para allá. La continuaré a la vuelta si el vapor me deja tiempo.

25 de marzo

Estoi devuelta, y aunque en un par de horas más me voi a Iquique por asuntos del servicio, voi a ver modo de darles siquiera una idea de lo ocurrido en Moquegua y Tarata.

Principiaré por el principio.

Deben haber sabido por el telégrafo que el día 12 salió de Pacocha una división a las órdenes del general Baquedano para operar sobre Moquegua. Esa división que era la 2ª, hizo una marcha lenta y llena de inconvenientes. Por falta de previsión en el cuartel general y un poco también por torpeza del coronel Muñoz, la tropa se hallaba el 14 en Hospicio completamente estenuada y sublevada por falta de agua. Con decirle que hubo que hacer disparos de artillería sobre los dispersos, sin lograr hacerlos volver a sus filas, está dicho todo.

Por fin, después de esta y otras contrariedades que nos tuvieron sumamente alarmados, la división estuvo el 19 a una legua de Moquegua y el 20 se posesionó del pueblo sin resistencia. El enemigo se había retirado a la cuesta de los Ángeles, a tres millas de la ciudad, donde, convenientemente parapetado, esperó el ataque de nuestras fuerzas.

Los Anjeles es una posición inexpugnable y que puede defenderse bien a peñascos. Piérrola, con 800 hombres, la mantuvo contra 4.000 de Pardo mandados por Montero y solo cayó tomado por la retaguardia. Esto no pudieron hacerlo los nuestros, porque el único camino practicable para Torata es aquel en que los peruanos habían hecho fuertes trincheras de piedra en la parte alta de la cuesta.

Baquedano resolvió, pues, atacar de frente la posición avanzando en la noche del 21 cuanto le fue posible para caer sobre el enemigo en la madrugada del 22. La resolución era audaz, pero estaba tan bien combinado el plan de ataque, tan bien tomadas todas las medidas y tan bien calculado todo que tuvimos, desde un principio, plena fe en el éxito. - ¿Creerá usted a Baquedano capaz de tanto?

En Moquegua era opinión unánime entre nacionales y extranjeros que nuestras tropas iban a encontrar allí su tumba. Las señoras habían buscado refugio en Torata, cuatro leguas más allá de los Ángeles, creyéndose allí en perfecta seguridad.

En la noche del 21 principió a trepar el *Atacama* por un desfiladero vertiginoso que, probablemente, nunca había sido pisado por planta humana. El jefe iba a la cabeza de su tropa; le seguían oficiales y, entre ellos, aquel capitán Fraga a quien sus soldados abrían calle para ayudarlo a subir porque aun tiene su pierna débil. Había puntos en que capitanes y soldados tenían que ayudarse con los codos para trepar, porque las manos las llevaban ocupadas con las armas. Aquella ascensión duró varias horas: los enemigos no vigilaban -¿y para qué?- aquel camino de águilas. El hecho es que al amanecer el *Atacama* estuvo a retaguardia de los peruanos, dominando sus trincheras, y que su estupefacción fue tal que, después de los primeros disparos, huyeron en dispersión. Nunca hubo empresa más difícil coronada por una victoria más fácil. La fuga del enemigo sin combatir explica las pocas pérdidas de unos y otros. La caballería no pudo perseguir a los fujitivos por entre aquellos desfiladeros interminables. Nuestras tropas avanzaron, sin embargo, y se apoderaron de Torata en la mañana del 23. Quedan al presente en posesión de Moquegua y sus alrededores.

El valle de Moquegua es hermosísimo y en él abundan frutas de todas clases. La ciudad me pareció un espectro de otra época; algo de mui semejante a una momia. Me figuraba, al recorrer sus calles estrechísimas y sucias, con edificios vetustos que huelen a siglo XVII, con sus magníficos templos de piedra en ruinas -los derribó el terremoto del 68- que viajaba por uno de los rincones más oscuros de España. A cada paso creía encontrarme con embozados que se tiraban de cuchilladas, o con alguna Leonor que se arrimaba a las viejas del balcón para escuchar la serenata de un trovador.

La sociedad moqueguana, que tuve oportunidad de conocer porque hice algunas visitas, es bastante culta y hai familias mui distinguidas por su trato. En algunas partes nos recibie-

ron mal. Hubo niñas que nos dijeron en nuestra propia cara que lo que sentían era que no nos hubiera dado a todos la terciana –y a fe que tenían razón! Otras–, las más bonitas nos trataban con mucho cariño y hasta me hicieron prometerles que intercedería con el ministro para no ordenar la destrucción de su pueblo.

Pobre Moquegua! Hacía tres años que sus cosechas eran malas y, para colmo de desgracia, la cuarta, que parecía ser magnífica, vinieron a hacerla los chilenos. El general Baquedano hizo vaciar el vino de las bodegas, y las aguas del río llegaron al mar –a 22 leguas– intensamente tintas. Las mulas que allí bebieron se emborracharon y salieron, con cargas y todo, bailando una tarantela. Los soldados se desesperaban porque no se les permitía hacer tacos en aquellas acequias. Faltaron solamente los arroyos de leche para estar en plena época mitológica.

Mucho me acordé de ustedes al tomar las magníficas paltas de Samegua. No concibo nada más delicioso; pero como ya están concluyendo, apenas se encuentran de a dos o de a cuatro. Y esas pocas eran mui maduras, de suerte que enviarlas equivalía a perderlas. Todo lo que pude hacer por ustedes fue tomarlas en su nombre.

¡Cómo estarán de alborotados por allá, cuando llegue esta, con la separación de Escala! Era indispensable porque, sin eso, estábamos perdidos. No entro en explicaciones porque me falta el tiempo y ya voi llenando un volumen.

A su mamá, hermanitas, primas, D. Trifón, D. Adolfo, Antonio y demás amigos recuertos mui cariñosos.

La saluda mui afectuosamente su corresponsal y sincero amigo

Max. R. Lira

8. *Pacocha, 13 de abril de 1880*

Señorita Isabel Errázuriz

Viña del Mar.

Mui distinguida y apreciada amiga:

Acabo de recibir su cartita fecha 2 que he leído con todo el interés que siempre me inspira su correspondencia, aunque en esta ocasión ella venga salpicada con algunas pequeñas reconvenciones que no creo merecidas. Parece que hubiera querido anticiparme a sus deseos no volviendo a Moquegua; pero, aunque hubiese vuelto, le aseguro que mi imaginación, más fría que soñadora, no habría buscado ni encontrado allí laberintos en que perderse, y después, ya sabe usted que ciertas conquistas requieren un rendimiento humilde que se aviene mui mal con las actitudes orgullosas que debe suponerse en quienes somos conquistadores de territorio. Hércules pudo hilar a los pies de Onfale y Sansón dejarse cortar el cabello por Dalila, pero eso lo hicieron siempre orijinados en su debilidad y a mí no me gusta ser plagiaro ni siquiera de los grandes hombres. Así pues ninguna de las beldades cholas me reparará la cabeza, a no ser que hubiere una peluquera, en cuyo caso no me atrevo a decir que no.

Lo que me dice acerca de la renuncia o *separación* de Escala no me sorprende porque estoy ya cansado de ver aberraciones causadas por la política. Con Escala, le repito, el ejército se perdía y nos perdíamos todos. Su desprestigio era asustador y la desmoralización por él introducida en el ejército empezaba a convertirse en gangrena. La parcialidad de sus amigos o correligionarios dirá lo que quiera: lo cierto es que su partida ha dejado aquí una impresión de bienestar indecible. Ya hablaremos alguna vez sobre este mismo

asunto por allá y entonces habrán de convencerse con pruebas de que Escala era un general imposible.

Los nuevos jefes de ejército han tenido necesidad de principiar a organizarlo todo para continuar las operaciones militares, y a eso se debe la demora en la marcha sobre Tacna que ya debía haberse emprendido. Luchando con toda clase de dificultades la primera división ha logrado llegar a establecerse a orillas del río Locumba. Otra le seguirá muy luego y así sucesivamente hasta que todas nuestras fuerzas se reúnan en aquel lugar. Conseguido esto, para lo cual se necesitarán no menos de doce días, haremos nuestra segunda jornada hasta la orilla del río Sama. De aquí a Tacna no hay ya más que siete leguas que recorreremos más de prisa. En lo que resta del mes, probablemente, pero, con más seguridad en los primeros días de mayo, Tacna y Arica estarán en nuestro poder. Y esto se conseguirá sin tener que vencer más dificultades que las que nos oponga la naturaleza sola, porque, para mí, el ejército de Montero no se bate, o hará apenas un pequeño simulacro de resistencia. La situación de su ejército es deplorable: sin ser optimista, porque no lo soy, podría asegurar que nos bastaban seis mil hombres para batirlo y destruirlo. Y llevaremos doce mil!

Por eso tal vez ha notado usted en mi carta algo que revela satisfacción: estoy tan seguro del triunfo como de la verdad de mi propia existencia; y como aquí ya no hay quien pueda perdernos a fuerza de desatinos mi confianza es inquebrantable y el éxito la justificará.

Nuestra caballería compuesta de cerca de mil hombres escojidos, está ya operando en los valles de Locumba y Sama, y piensa llegar hasta las mismas goteras (?) de la ciudad de Tacna. Como solo ayer se puso en movimiento hacia el interior y el vapor que ha de llevar esta carta sale esta tarde, temo no alcanzar a decirles nada acerca del resultado de sus excursiones de que no tendremos noticia aquí tan luego.

Tampoco ha llegado el *Loa* del Callao con noticia de haberse establecido el bloqueo. Lo único que me interesa en esto es saber si han podido aplicarse los torpedos, operación para la cual llevaba el almirante instrucciones muy precisas.

Así, pues, esta carta tiene que ser forzosamente breve y escasa de interés. Puede decirse que la semana ha sido de expectación y de preparativos. Las que van a seguir van a ser más fecundas.

Actualmente estoy viviendo en tierra. Nos hemos venido al lado del general Baquedano y estamos con él en perfecta intimidad. Las rogativas, como Ud. ve, principiarán a producir su efecto. Ya hay paz y concordia entre los príncipes cristianos. Ahora vencer al enemigo es lo de menos.

No puede figurarse cuanto siento la enfermedad de Elena. Ojalá se mejore pronto, cuanto antes para que a nuestra vuelta ya esté de regreso completa la partida de rocambo que yo no encontraría tan agradable –contra la opinión de Borgoño– sin el círculo de mimas.

Y a propósito de mi vuelta, no será ya hasta que no pueda embarcarme en Arica. Tomado ese puerto, pienso hacer por lo menos un paseito por allá. La verdad es que siento la necesidad de descansar un poco.

Sus cartas diríjamelas a Ilo porque sucede a veces que se quedan en Pisagua detenidas de un vapor para otro. Y aunque es posible que cuando lleguen me encuentre ya en el interior, desde aquí me las dirijirán hasta donde esté

¿Qué tal le ha parecido a D. Adolfo el trofeo de guerra? Corresponda sus recuerdos a su mamá, Antuca, Rosalía y Magdalena y usted cuente siempre con el más sincero afecto de su invariable amigo

Max. R. Lira.

9. *Pacocha, 20 de abril de 1880.*

Señorita Isabel Errázuriz
Viña del Mar

Pequé mi muy estimada amiga, y me apresuro a confesárselo: volví a Moquegua a contemplar por última vez sus ruinas y sus callejuelas, a respirar el aroma de sus flores y las emanaciones el valle que producen la terciana, a comer papas de Caruma y darse un banquete con las promesas de frutos que encierran los racimos de flores de los paltos.

Si no está dispuesta, después de mi espontánea confesión, a perdonarme esta falta, le ruego no olvide que el gordo fue conmigo para que así, al aplicar la pena la distribuya entre ambos en proporción al volumen de cada cual.

Nada tengo que decirle respecto de Moquegua si no es que las fiebres están haciendo estragos entre nuestros soldados. La división acantonada en el alto de la Villa no tiene menos de trescientos enfermos y cada día va aumentándose ese número. Tienen algunas de estas fiebres un carácter tan maligno que el acometido por ellas en la mañana es ya cadáver en la noche. Y no crea tampoco que perdonan a los hijos del país: en proporción mueren más criollos que soldados nuestros a consecuencia de la terciana. Felizmente ésta va ya declinando; pasado el mes de abril desaparece completamente.

Una ceremonia vi en Moquegua que me enterneció y dejó en mi ánimo una impresión profunda.

En el combate de la cuesta de los Ángeles un soldado del segundo de línea fue herido por una bala que le penetró por un ojo y quedó alojada en el cerebro. Vivió así veinte días y vino a morir la víspera de la llegada a la ciudad. En esa mañana lo enterraban. Cuatro soldados del mismo cuerpo llevaban en hombros el cajón que conducía sus restos, la banda de música le seguía detrás y lo escoltaba una compañía. Todos los cuerpos de la guarnición estaban representados en el convoi. Para un soldado eran bastantes honores, aunque a mi juicio sean merecedores de los más altos esos hombres que dan su vida a la patria sin otro estímulo que el amor que le profesan. Pero yo no pensaba en eso mientras veía desfilar el convoi. Lo que me preocupaba era que me parecía ver las miradas curiosas de las personas que se asomaban a sus puertas a ver la procesión fúnebre una expresión de júbilo mal reprimido. Era, al fin, el pobre soldado muerto un enemigo menos!

Y, siguiendo el hilo de estos pensamientos, me preguntaba si los otros habitantes del cementerio dejarían tranquilo a nuestro pobre compatriota en su lecho de tierra helada, y si no pretenderían arrojarlo de allí como a profanador del suelo de la patria! Se me ha figurado siempre que en el corazón de los muertos queda algo de las pasiones que los agitaron durante la vida. Así creo que cuando un hijo, por ejemplo, baja a hacer compañía a sus padres en el sepulcro hai fiesta en el nuevo hogar de esa familia. Eso porque los muertos aman. Pero si aman, también odiarán; y en ese caso el pobre soldado que vi enterrar no gozará ni por un instante de aquella paz de las tumbas prometido como descanso a las rudas labores de la vida... Nó; porque no querría morir en tierra extraña y, por lo mismo compadezco sinceramente a los que, para atenuar el frío de su sepultura no cuentan con el calor de esas tiernas afecciones que embellecen nuestra vida y todavía nos protejen después de muertos.

Pero ¿por qué me he puesto a hacer elejía cuando hai tantos motivos para estar contento? No sabría decirlo yo mismo.

En los momentos en que le escribo deben ustedes hallarse celebrando la noticia de la victoria que llamaré de Sama, mientras no sepa cual fue precisamente el lugar del combate. El parte oficial de esa acción dice todo lo que sabemos sobre ella hasta este momento

porque aun no llegan los detalles. Ha sido ésta una acción tan irreprochable como la toma de los Ángeles y de resultados mucho más benéficos. La presencia de nuestra caballería a las puertas de Tacna ha de haber introducido el espanto en aquella población, y la derrota de Albarracín que gozaba entre los suyos de mucho prestigio, habrá llevado el desaliento a las filas del enemigo.

Llevamos, pues, en esta campaña de Tacna dos victorias importantísimas: la decisiva no se hará esperar mucho.

Ya está en Locumba toda la primera división y mañana sale de aquí la tercera con el mismo destino. Ha sido necesario demorar la operación de concentración de todas nuestras fuerzas en aquel lugar, porque era indispensable hacer allí previamente un gran depósito de víveres y municiones y colocar estanques agua en todo el camino. Lo que no hizo el general Escala en más de un mes lo ha hecho su sucesor en pocos días y gracias a eso tengo la cuasi certidumbre de que antes del 10 de mayo nos encontraremos en Tacna.

Una vez concentradas todas nuestras fuerzas en Locumba, operación que se realizará en toda esta semana, nos pondremos en marcha para Buena Vista a orillas del Sama. Tacna dista de este punto solamente siete leguas y esta última jornada será más rápida que las anteriores. La batalla, si el enemigo se resuelve a darla, tendrá lugar entre el 2 y el 10 de mayo. En este período que corresponde a una novena, renueven sus oraciones por la suerte de nuestras armas.

Aquí no tenemos noticia todavía del bloqueo del Callao. En esa parte están ustedes más adelantadas que nosotros porque el vapor de la carrera debe haberles comunicado lo ocurrido.

Se nos ha descargado por acá una nube de mosquitos, mui diferentes de los que conocemos en Chile, pero de una bravura increíble. Están haciendo sufrir mucho a los soldados porque les hinchan mucho las piernas y las manos con el veneno de sus picaduras. Cosa curiosa! los mosquitos defienden a su patria con más enerjía que los peruanos.

Hoy llegó el vapor y no me trajo carta de usted, precisamente cuando la esperaba con más impaciencia. ¿Tuvo el viernes alguna distracción que la hizo olvidarse de los amigos ausentes?

Hai seguridad de que los oficiales que estaban con Dublé en la casuela de Locumba no han muerto, sino que han ido prisioneros a Tacna. El cura del convite no era otro que el sacristán, un mochito boliviano, que representó admirablemente su papel.

Tengo derecho de no estenderme más puesto que no he recibido carta suya.

Recueros mui cariñosos a su mamá, Rosalía, Antuca, Magdalena, D. Trifón, D. Adolfo y usted cuente siempre con el afecto mui sincero de su amigo y S.S.

Max. R. Lira.

P.S. Si mi carta próxima no le llega con regularidad será porque nos hemos movido. Es mui posible que pasemos algunos días incomunicados.

10.

A esta carta le faltan las dos primeras páginas y las últimas, de modo que no indica fecha ni lugar de despacho. Calculamos que será de principios de junio, ya que se refiere a la campaña de Tacna y Arica, y en la siguiente carta, él alude a una que ha enviado desde Arica.

“Y cuanto habría gozado refiriéndoles reposadamente y con todos sus detalles los sucesos de la epopeya heroica que tiene los dos cantos inmortales de Tacna y de Arica! Pero

tengo que renunciar a ese placer y limitarme a darle las escasas noticias que caben en una carta que llegará tarde y que, por mis muchas ocupaciones, tendrá que ser breve.

No le referiré mi peregrinación por el desierto tan larga, tan fatigosa y tan lamentable que bien pudiera merecer una elejía. Hai en ella, sobre todo, una jornada de trece leguas a caballo hecha en diez horas sin descanso, que ocupará el capítulo más triste de las memorias que tal vez no escribiré.

De la batalla del 26 –por allá están empeñados en hacerla del 27– habrán llegado a la prensa tantas versiones completas que no creo que les quede ningún detalle por conocer. Solo les diré, pues, que ella fue una acción completa por su preparación y por sus resultados y que en la historia de la América del Sur no hay otra que pueda comparársele en importancia.

Es imposible dar una idea de las emociones que se experimentan en medio de un embate de esa magnitud. Lo que puedo asegurarles que lo domina todo el pensamiento de la suerte del país que se juega en aquellos momentos y, en seguida, un sentimiento de admiración por el heroísmo de nuestros incomparables soldados.

En los primeros momentos de la acción una granada enemiga pasó por sobre nuestras cabezas y fue a estallar en medio de dos cañones al lado de un regimiento desplegado en batalla. Junto con la detonación del proyectil salió de los pechos de todos aquellos hombres un gigantesco Viva Chile! Tres veces repetido y todos los kepies fueron lanzados al aire en señal de júbilo porque ya había llegado la hora de pelear y morir por la patria. Desde ese instante, se lo aseguro, tuve la fe profunda en la victoria. Antes me tenía inquieto de que un contraste cualquiera nos obligaría a retirarnos a través de cuarenta leguas de desierto donde casi todo nuestro brillante ejército habría hallado la muerte. Pero cuando vi en todos, de capitán a paje, tanta resolución, me tranquilicé completamente. No pareciera que fueran a un combate. ¿Querrá creer que cuando se le dio la orden de avanzar iban a gritos como en la Pascua?: ponche en leche bien helado! empanaditas fritas! Etc. etc. Le aseguro que tanto valor conmueve.

No terminaría nunca si hubiera de referirle los mil y un episodios dignos de mención de que he sido testigo presencial. El siguiente bastará para probarle lo que es nuestro soldado.

Las primeras posiciones del enemigo estaban forzadas e íbamos avanzando. El campo lo hallábamos sembrado de cadáveres y de otros que no tardarían en serlo. Uno de los últimos me llamó la atención por lo doloroso de su agonía y me acerqué a él. Estaba acribillado a balazos. Me bajé del caballo y le pregunté si quería agua. Me contestó que sí, y cuando hubo bebido un largo trago de mi caramañola me preguntó: “Mi comandante, ¿hemos ganado o perdido?” –Hemos ganado, le contesté.– “Viva Chile!” exclamó entonces, y esas fueron sus últimas palabras. Aquello me enterneció hasta hacerme llorar.

¿Y los jefes? Estábamos ya en las primeras alturas que rodean a Tacna, después de la victoria, y los jefes venían a felicitar a Baquedano. Llega Martínez del Atacama y se entabla entre ambos este diálogo heroico:

B. ¿Cómo ha ido, comandante?

M. Mui bien, señor jeneral.

B. ¿Ha perdido mucha gente?

M. Bastante.

B. ¿Y oficiales?

M. Tantos.

B. ¿Quiénes son?

M. Fulano, Zutano y mis dos hijos.

B. ¿Sus dos hijos?

M. Si, señor, han tenido la gloria de morir por su patria. Me queda uno que, si estuviera en estado de cargar armas, vendría a reemplazarlos!...

Y esto fue dicho sin afectación y con la grandiosa sencillez de un hombre que no sabe que está diciendo cosas sublimes.

x x x

De la toma de Arica tampoco tengo nada nuevo que contarle. Como obra de empuje de nuestros soldados y de estrategia fue completa. La matanza fue espantosa. En la ciudadela el cuadro era horrible. La sangre corrió desde la cima del cerro hasta la planicie y el cerro es de arena ... Sobre lo que allí hicieron nuestros soldados me reservo para hablarle cuando nos veamos.

El peligro que corrimos después de la victoria no lo volveré a correr en mi vida. Imagínesse que frente a la casa donde estaba alojado había una mina de *treinta quintales* de dinamita, que equivalen a 300 de pólvora y que en la noche se incendió la casa vecina. Si aquello estalla, no habría quedado en la ciudad piedra sobre piedra y de nuestras personas ni una par...”.

11. Tacna, 28 de junio de 1880

Señorita Isabel Errázuriz

Viña del Mar.

Mui distinguida amiga:

Recibí su cartita del 10 del presente con algún atraso porque cuando llegó a Tacna andaba yo por Iquique en conferencias con el gobierno. Probablemente el señor Gillman había desempeñado ya la triste comisión que lo traía a estos lugares puesto que no se me ha presentado. Y habría tenido, se lo aseguro, mucho gusto en servirlo para honrar debidamente la recomendación de ustedes.

Presumo que a estas horas no me acusará ya ni de olvidadizo ni de ingrato porque habrá llegado a sus manos la carta que le escribí en los primeros momentos que tuve desocupados después de la apertura del puerto de Arica. Durante nuestra travesía por el interior había tan pocas comodidades para escribir, tanto que hacer y tanta inseguridad para el envío de la correspondencia que me vi obligado a interrumpir nuestra antigua conversación reanudada ya felizmente. Por la misma razón no contesté como lo había deseado la carta de D. Adolfo a quien me hará el favor de pedir en mi nombre una disculpa por aquella falta involuntaria. En primera oportunidad le escribiré también para cancelar aquella deuda.

¿Qué cree usted haber dicho de x x x para que venga pidiéndome perdonese? ... una observación benévola y cariñosa que le agradecí sinceramente por el interés que en ella manifestaba por mí. Por lo que toca a los juicios del público que principiaron siendo temerarios desde que pusieron un nombre al pié de un artículo anónimo, le protesto que ni siquiera he deseado conocerlos. Con mi larga vida de diarista se me endureció bastante la cutis, de manera que los alfilerazos no alcanzan a lastimarme la epidermis.

Quiero ser franco con ustedes: x x x y yo somos la misma persona; y agregó que lo que hice entonces volvería a hacerlo en idénticas circunstancias porque sobre las amistades políticas y personales está siempre el interés público y si Escala continúa al frente del ejército estábamos irremisiblemente perdidos. Y advierta todavía que lo que x x x se guardó

en el tintero es lo más grueso y que tiene, para apoyar cada una de sus palabras, documentos incontestables que escribiré en caso necesario. Pero pasemos a otra cosa y dejemos en paz a los muertos.

Cada día se hace más difícil la realización de mi sueño dorado que es un paseito por el sur. Por un raro conjunto de circunstancias han caído sobre mí solo tareas que pesaban antes sobre hombros más robustos que los míos. El general defiende tan absolutamente a todas mis ideas que me abrumba con una enorme responsabilidad. Y cuando deseo desprenderme de ella sale el gobierno diciéndome que no es posible que me separe un momento de su lado. La situación, por otra parte, es tan difícil que si el quedarme aquí me asusta, también me sobresalta la idea de irme dejando solo al general. Me quedo, pues, y lo demás Dios lo dirá.

Verá por esto que lo que aquí me detiene no son las simpatías que pueden inspirarme los cholos o las cholas. Estas últimas están todavía tan amedrentadas que apenas se les ve, y cuando se acercan a uno es para pedir misericordia para un padre, un marido o un hermano, o para pedir noticias de alguna víctima de la guerra, o, también muchas veces, para pedir llorando un pan. Estas escenas, se lo aseguro, no son muy agradables. Es al día siguiente de las batallas cuando se palpan todos los horrores y las bárbaras e implacables crueldades de la guerra. Salir de aquí sería, por consiguiente, una fortuna.

He sentido mucho a la pobre Gregoria. Dios les de paciencia para soportar tantas adversidades!

Espero que su mamá no haya seguido indispueta y que su hermanita Antuca se haya resuelto al fin a tener juicio. ¿Cómo quieren que vayamos a verlas si no se cuidan bastante para encontrarlas buenas y sanas?

Novedades no hai por ahora.

Dé mis afectuosos recuerdos a su mamá, Antuca, amigos y amigas que hagan memoria de mí. Y usted no se olvide tampoco de su invariable y sincero amigo y S.S.

Max. R. Lira.

12. Tacna, 14 de julio 1880

Señorita Isabel Errázuriz

Viña del Mar.

Muy distinguida amiga:

Cuando recibí su amable cartita del 26 de junio, el vapor iba a salir y yo tenía muchas y premiosas ocupaciones, de suerte que apenas tuve tiempo para enviarle, en respuesta, un saludo con nuestro común amigo D. Mariano Casanova. Como presumo que él haya cumplido mi encargo, no temo que ustedes estén creyendo que no he escrito por olvido o pereza. Muy tentadoras me parecen sus repetidas instancias para que vaya a pasar por allá algunos días que me servirían de descanso. Sin embargo, a pesar de la tentación y de mis vehementes deseos, creo que, aun teniendo tiempo, me resolvería a descansar por acá. Hai en el Sur, por lo que veo una atmósfera envenenada con los miasmas de toda clase de pasiones y, francamente, yo no quiero respirarla. No quiero verme envuelto en esa red de chismes, de intriguillas y maledicencia que está sirviendo de alimento cotidiano a todos los zánganos de la capital. Siquiera se ensañasen solamente con la reputación individual de algunos de los que figuran en la guerra! Pero es que no quieren dejar en pie ni siquiera las glorias tan trabajosamente adquiridas para el país por aquellos de sus hijos que renunciaron inocentemente al fácil y glorioso papel de murmuradores para venir a servirlo, no con la lengua

desligada por los vapores del champagne, sino con sus inteligencias y sus brazos.

Qué historia la que han hecho de las últimas batallas, no solamente los corresponsales sino también los que en ellas fueron actores! Le aseguro que yo no la conozco y que eso que se cuenta como sucedido en el Alto de Tacna debe haber pasado en la luna donde yo no estaba.

Los diarios de Santiago me cuentan, por ejemplo, que la batalla la ganó la primera división mandada por el coronel Amengual y que éste, además de las palas lacres, merece no sé cuantas cosas en recompensa. Válgame Dios! Y yo que sabía, por haberlos visto, que todas las operaciones de esa división se hicieron en un desorden completo, y que a la hora de los fuegos volvió la espalda al enemigo yendo a estrellarse con la artillería diciendo a gritos que estaban completamente derrotados. Mas, como los que eso sabíamos –y somos todos–, nos hemos guardado el secreto para no oscurecer la gloria brillantísima de ese día y no lo divulgaremos sino cuando sea muy necesario, he ahí que los derrotados, los que comprometieron seriamente el éxito del combate, salen ahora disfrazados de vencedores reclamando premios por su heroísmo. Y porque el coronel Velásquez tuvo la discreción patriótica y benévola de silenciar los hechos en su parte, es groseramente calumniado lo mismo que el general Baquedano.

Cómo quiere así que vaya al Sur donde me obligarían a hablar y a decir en alta voz éstas y otras muchas verdades del mismo jénero que ni aquí me atrevo a escribirlas? Ello bastaría para que me acometiesen a dentelladas y destruyesen la escasa reputación que me van dejando mis excelentes correligionarios políticos que ya principiaron a decir en sus diarios que soi un traidor.

Traidor, porque, a diferencia de ellos, he creído que el amor a la patria es un sentimiento superior a todos intereses y pasiones de la política; porque he venido a servir en vez de quedarme por allá representando el fácil papel de murmurador; porque he pensado que una guerra extranjera debe abrir un período de tregua a las disensiones domésticas; porque, finalmente, me he negado a doblar la rodilla ante los ídolos de barro de que pretendían hacer semidioses. Si es por todo eso, accepto (sic) con todo gusto el título, reservándome para más tarde el placer de la venganza cuando vaya a probarles con hechos que nunca he dejado de ser lo que siempre fui y que, sirviendo a mi país en estas circunstancias, he servido mejor que todos ellos juntos a la causa de mi partido.

Pero mientras no llegue ese día, que no podrá ser otro que el de la victoria final y de la paz, prefiero quedarme por acá entregado a mis trabajos y compadeciendo sinceramente a los que no tienen otro que la murmuración.

No vaya a creer por esto, mi buena amiga, que me hayan afectado ni mucho ni poco todas estas pequeñeces. Me he referido a ellas únicamente como a una razón que me hace desear menos un viaje al Sur que, por razones mucho más poderosas, es irrealizable.

Así, pues, para realizar los deseos de ustedes y los míos y ver cuanto antes esa tierra donde llueve y hace frío –dos placeres de que estamos privados por acá–, no queda otro recurso que activar la expedición a Lima. Usted comprende bien que a este respecto debo ser completamente mudo; sin embargo, puedo decirle en jeneral, que la demora, si la hai, no será causada por nosotros. Tenemos ya hechos todos nuestros estudios y solo faltan los medios de realización de la empresa que deben preparar allá en el Sur. Aquí estamos listos y en cuanto más pronto nos den la orden de marcha mejor será.

17 de julio

La sexta cazuela

Si han publicado por allá mi telegrama que ayer dirijí a Lynch dándole cuenta de lo

ocurrido en Placa con tres oficiales del *Lautaro*, sabrán ya que la cazuela sigue causándonos percances. Aunque, diciendo la verdad, esta no fue cazuela sino un asado. En valde (sic) les avisaron a los oficiales en la misma casa donde estaban que el enemigo andaba cerca; el asado estaba muy apetitoso, no hicieron caso de la advertencia y fueron a darse un paseo por Puno o por Arequipa. Tenemos comunicaciones del capitán Chacón y en ellas nos dice que lo tratan muy bien. Del resultado de la expedición mandada en seguimiento de esa montonera por Tarata y por Moquegua no podemos saber nada todavía. Las noticias que nos lleguen las transmitiré yo por telégrafo inmediatamente y, si el gobierno no se las guarda, las tendrán por allá antes de que esta carta llegue a sus manos.

Saludo muy afectuosamente a su mamá y Antuca cuya mejoría celebro mucho, a D. Trifón, D. Adolfo y todos los amigos que me recuerden. Y disponga como siempre de su sincero e invariable amigo

Max. R. Lira

13. Tacna, 6 de set. de 1880.

Señorita Isabel Errázuriz

Viña del Mar

Mi distinguida amiga:

Continúa la crónica de la guerra desprovista de novedades. Hacía mucho tiempo que no escribía una sola línea en mi libro de memorias, hasta antes de ayer que pude apuntar lo siguiente: "Salida para el norte de la expedición confiada a Patricio Lynch". Pero esto no es una novedad para ustedes ni me parece tampoco un acontecimiento notable porque dicha expedición va a ser, a mi juicio, completamente infructuosa. Con aquella reserva que nos es característica, hemos pegado carteles en todas las esquinas dando a conocer el objeto de esta expedición, y no han de ser tan tontos los peruanos que no se hayan preparado para frustrarlo.

De la gran expedición a Lima tampoco puedo decirle gran cosa sino es que aquí la desean con ansia diez y ocho mil hombres listos para emprenderla. Pero ¿se realizarán estos deseos? He ahí un problema que me va pareciendo ahora mucho más oscuro que antes.

Desde luego observo que los diplomáticos extranjeros andan en muchos trajines, que se cambian muchas notas y despachos telegráficos, que viajan de incógnito etc. etc. Todo esto tiene un olor muy pronunciado a intervención a favor de la paz. Si estas presunciones fueran fundadas y la diplomacia no se embrollara, como le sucede muy a menudo, la guerra terminaría sin más efusión de sangre, lo que sería una fortuna. Pero si la paz no viniera por ese ni otro camino ¿no estaríamos haciendo nosotros lo posible por estorbar la realización de aquel sueño dorado de los chilenos, la ocupación de Lima? Casi me permito sospecharlo cuando veo que se yerra tanto en todas las medidas oficiales que se relacionan con el ejército. Llego a creer a veces que hay el propósito de desquiciarlo todo en servicio de no sé qué intereses, pero luego desecho este pensamiento recordando que también son chilenos los que nos gobiernan. No quiero agregar a tanto combustible como hay amontonado por acá algo que pudiera ser la chispa que lo inflamara, y por eso me callo cuando iba a entrar en detalles que no debo confiar todavía ni a mis discretas amigas y confidentes de Viña del Mar.

Pero la chispa incendiaria puede saltar de donde menos se piensa, y quien sabe si no será el corresponsal de "El Mercurio" el que produzca la conflagración.

Usted recordará como trató Caviedes a los jefes principales del ejército en su memorable correspondencia sobre la batalla de Tacna. La indignación que ella despertó no estaba apaga-

da aun cuando se anuncia su llegada en el *Copiapó*. Apenas lo supo, el jeneral ordenó que se le redujera a prisión considerando su presencia en el campamento como un germen de discordia entre las tropas. Su propósito es expulsarlo de aquí pero antes ha querido sumariarlo para averiguar con qué permiso viaja en los transportes y cómo obtuvo los partes oficiales de la batalla de Tacna, que publicó antes de que llegaran a conocimiento del gobierno. Ese sumario se está siguiendo y, cuando termine, Caviedes será despachado al Sur.

Entretanto, en su primera declaración exhibió una orden de pasajes en su favor y en toda regla expedida por el ministro de la Guerra D. José Francisco Vergara. ¿Se explica usted esto? ¿Es posible que sea el ministro de la Guerra el que esté facilitando la tarea del detractor de los jefes del ejército? Y ¿qué dirán ahora los que presentaban al mismo Vergara como inspirador de aquella correspondencia?

Hai, pues, en todo esto materia para armar un alboroto grande, y “El Mercurio” y otros diarios lo armarán sin duda. Entretanto, Caviedes debería bendecir la orden de prisión que lo sorprendió a bordo del *Copiapó*, porque había en el muelle esperándolo cuatro oficiales de artillería conminados por sus compañeros que lo tenían todo listo para darle cincuenta azotes. De buena escapó porque se los habrían dado sin piedad.

La suspensión del bloqueo de Mollendo para que la *Chacabuco* acompañe la expedición de Lynch es la última novedad y la última barbaridad, porque esa sola medida destruye casi todas las ventajas obtenidas con las victorias de Tacna y Arica.

Mis recuerdos más afectuosos a su mamá, Antonia, D. Trifón y D. Adolfo y usted mande como siempre a su sincero amigo

Max. R. Lira

14. Lurín, 11 de enero 1881

Señorita Isabel Errázuriz

Viña del Mar.

Mui distinguida amiga:

Nada más que viendo como coloco el papel para escribirle comprenderá que he recibido la suya de 28 de diciembre que me entregó personalmente nuestro común amigo Alejandro Walker. De esto hace solamente un momento. Inmediatamente, y haciendo a la recomendación de usted todo el honor que merece, puse en juego mis influencias en su favor y su resultado fue que se me autorizara para decretar su colocación donde quisiera. Dejé la elección al mismo Walker, quien prefirió servir en la artillería. En el acto le expedí su nombramiento para la plana mayor de la comandancia jeneral de esa arma; y así estuvo colocado una hora después de llegar. Creo también que ha quedado mui satisfecho.

Y casi no alcanza a satisfacer sus deseos. Estaba resuelto que fuera hoy cuando nos pusiéramos en marcha para dar la última embestida; mas por inconvenientes que surgieron a última hora, se aplazó la partida para mañana y el ataque en la madrugada del jueves 13. Así, pues, esta carta, que no sé cuando podrá salir, ni siquiera si llegará alguna vez a sus manos, no será otra cosa que la despedida de la víspera de una nueva jornada. Interés no puede tener sino muy escaso, porque los grandes acontecimientos que se habrán realizado antes de 48 horas cubrirán con sus ecos lo de los pequeños acontecimientos anteriores a la gran batalla.

El objetivo de nuestro ataque va a ser el ala derecha del ejército enemigo que ocupa con su línea como legua y media de terreno. Si toma una carta de las publicadas por nuestra

oficina hidrográfica se dará cuenta exacta de la situación. Piérola ha distribuido su ejército en tres divisiones de diez mil hombres cada una. La del coronel Dávila ocupa a Villa y San Juan; la del coronel Suárez a Surco; la del coronel Cáceres a Monterrico chico. Esta línea tiene protegida sus espaldas por el río Surco cuyo curso sigue en toda su extensión, y su frente por fosos y trincheras. Nuestra embestida –porque será embestida de toro bravo– será con las divisiones de Lynch y de Sotomayor contra las de Dávila y Suárez. La de Lagos permanecerá en observación de la de Cáceres para detenerla si pretende reunirse con las otras.

Había dos planes para atacar: uno de Vergara que quería que se marchara por el camino de Manchai para flanquear la izquierda del enemigo e interponerse entre él y Lima; el otro del general para marchar de frente contra la resistencia más fuerte que es la de la costa. Por muchísimas razones que no caben en una carta, los jefes de nuestro ejército aceptaron por unanimidad el plan del general. Ese es, pues, el que va a realizarse y espero que con buena fortuna.

No tiene esta operación más inconveniente para algunos que la de realizarse en día 13. Pero como los enemigos también combatirán en el mismo día, las probabilidades, para los supersticiosos quedan equiparadas.

Adelante! Pues, y que Dios nos ayude!

Con mucho interés he leído los detalles de los funerales que le han hecho a Borgoño y de las diversas desgracias domésticas ocurridas allí en ese mismo día. He consagrado un suspiro a la muerte, un adiós a los idos, reservando toda mi compasión para la severa ejecución de los recuerdos del gordo. Puede ser, y así lo deseo, que el tiempo y la gloria lo rehabiliten en concepto de sus antiguas amigas de la Viña.

Salude mui afectuosamente a su mamá, Antuca, primas, D. Trifón, D. Adolfo y demás amigos en cuya memoria se conserva aun el recuerdo del ausente. En cuanto a usted, ya sabe que puede disponer como más le agrade de su sincero amigo y S.S.

Max. R. Lira.

15. Lima, 25 de enero de 1881

Señorita Isabel Errázuriz

Viña del Mar.

Mui distinguida amiga:

Nuestro común amigo Alejandro Walker, que tiene la fortuna de salir mañana ya de regreso, será el portador de esta carta. El le dirá –por si no ha recibido usted la que le escribí en contestación a la que él me trajo– cómo atendí su recomendación. El también le dará detalles sobre las últimas batallas mucho más completas que los que podría referirle en una carta. También le dará cuenta de algunos incidentes que han producido una ruptura completa de relaciones entre el general en jefe y el ministro de la guerra. Últimamente, le hablará de la gran manifestación hecha a Baquedano por sus compañeros de armas y cuyo espíritu descubrirá usted sin mucho trabajo en un brindis de un señor Lira.

Por mi parte le agregaré que la paz es todavía un problema. Piérola ha declarado que se lleva al Perú en la suela de sus zapatos y que la capital estará donde él se encuentre. No ha sabido bien aquella declaración a los notables de esta ciudad, a quienes ha hecho comprender que se les aplicará la ley de la guerra en todo su rigor si no se llega a un avenimiento, y han enviado un embajador al dictador para hacerlo resistir de su propósito de ulterior resistencia.

Hai esperanzas que este paso sea fructuoso. Piérola está casi solo porque los seiscientos hombres que reunió en su fuga se le han dispersado completamente. Además, su secretario jeneral, el veloz García y García, que vino hace dos días a sondear el ánimo de los habitantes de esta ciudad, se va mañana a reunirse con su jefe declarando que juzga mui posible y aun mui probable que se avenga a tratar. Se va convencido de que el Perú no quiere más guerra y de que, aunque la quisiera, no tiene ni podrá tener elementos para hacerla.

Si Piérola se empecinara, se hará aquí una gran reunión de notables para arbitrar algún medio de poner término a esta situación. Es probable que, en ese caso, constituirán un nuevo gobierno aunque les falta el hombre que pudiera ponerse a su frente.

Yo deseo con todas las veras (?) de mi alma que ocurra luego algo –aunque sea un terremoto–, que me permita regresar. Fuera de que Lima me tiene enteramente desencantado porque no es ni con mucho la ciudad que yo me figuraba, estoy harto de luchas ruidosas y de luchas sordas, particularmente de las últimas, y necesito descanso, quietud de espíritu, paz, aislamiento en un lugar a donde, si fuera posible, no llegaran ni los ecos del resto del mundo. Pero, como no me es posible abandonar al jeneral, necesito que él también se vaya para poder irme yo. Ruegue a Dios porque eso suceda pronto!

Otra cosa que me hace desear vivamente salir luego de aquí es el espectáculo de la miseria que ya estamos presenciando. La sociedad limeña ha querido bloquearnos cerrando herméticamente todas las puertas de sus casas, pero ya son muchas las que están abriéndose a impulsos del hambre para dar paso a infinitas personas que vienen a pedirnos una limosna, aunque ella se reduzca a una ración como la que se les da nuestros soldados. Y esto que apenas principio a sentir las consecuencias de la situación. Así, pues, ¿qué será más tarde? La desorganización en que va a caer este país es una cosa que asusta.

Espero con ansias alguna cartita de usted que me traiga noticias, ideas e impresiones que me refresquen el espíritu. La última que recibí fue la que me trajo Alejandro. Póngame a las órdenes de su mamá, Antuca, primas, D. Trifón y D. Adolfo y reciba usted los recuerdos más afectuosos de su amigo y S.S.

Max. R. Lira

16. Lima, 19 de febrero de 1881

Señorita Isabel Errázuriz

Viña del Mar.

Mui distinguida amiga:

Aunque el tiempo anda extraordinariamente escaso y aunque sea muy probable que esta carta me preceda solo por mui pocos días, quiero manifestarle escribiéndola que no olvido mis promesas ni mis hábitos de corresponsal. Bien es verdad que puedo ser muy lacónico porque las correspondencias vivas que les van en el *Copiapó* tendrán el interés palpitante de que carece una carta.

Trasmití las felicitaciones de ustedes al jeneral Baquedano y me parece escusado decirles que fueron sincera y debidamente agradecidas. Las dirigidas a mí lo fueron con toda el alma porque tenían además el mérito especial que las da una excelente amistad.

Aquí estamos en *statu quo*. Los peruanos van acostumbrándose a esta dominación suave que les permite vivir tranquilos y no tienen prisa por echarse en brazos de sus revoltosos gobiernos. Además ¿cómo encontrarían una administración más económica?

Pero esto francamente no puede ni debe durar. Así lo han comprendido por allá como lo prueban las cartas que llegan a nuestros diplomáticos y que logran ponerlos de muy mal humor. No pienso yo como los bravos del sur que Lima debe ser quemada y sometida a pagar impuestos en que los millones figuran por centenares. Los que no se baten son siempre los enemigos más crueles; pero, sin necesidad de serlo tanto, pienso que ya es oportuno apretar un poco más la cuerda.

En esta parte nosotros, *los que pertenecemos al ejército*, no tenemos la iniciativa y somos simples instrumentos. Los soldados hicieron ya lo que debían destruyendo el poder militar del Perú y entregándolo vencido y maniatado a los negociadores. Ahora toca a ellos decidir si la paz se obtendrá más fácilmente procediendo con lenidad o con dureza. Cualquiera que sea su resolución, tienen la autoridad del general en jefe a su servicio.

Por lo demás, ya van a quedar dueños absolutos del campo. El general está resuelto a retirarse del escenario y marchará al Sur con las primeras tropas. Probablemente llegaremos por allá entre el 8 y el 15 de marzo.

Me despido, pues, hasta entonces con un afectuoso saludo a su mamá, Antuca, primas y amigos de la casa y a usted mui especialmente.

Su sincero amigo y S.S.

Max. R. Lira